

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en as librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 14 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

Crónica.

Respetemos la desgracia.

Otro monarca ha descendido del trono, y digno y resignado vive, en extraña tierra, la triste vida del cautiverio.

Derramemos una lágrima
 á la memoria de aquel
 que fué emperador, y luego

continúemos la serie interrumpida de nuestras amargas consideraciones.

¡Ah! cuán terriblemente y con cuánta injusticia ha castigado la Providencia al monarca poderoso, cuyo solo delito—sí, su solo delito—fué haber procurado el engrandecimiento de la patria y haber deseado una gloriosa herencia para su único descendiente!

Después de muchos años de sacrificios hechos en pró del pueblo francés, este mismo pueblo, ingrato y desconsiderado, maldice de su bienhechor, le arroja del trono, ya abandonado, y lleva la osadía hasta el extremo de juzgar y condenar la conducta de su amo y señor.

¡Cuántas lágrimas habrá derramado silenciosamente Napoleón, deplorando, más que sus desventuras, la ingratitud de su querido pueblo, á quien todo lo ha sacrificado!

Dolorosa situación la de este general insigne, cuya desventura inspira simultáneamente compasión y respeto: comparada con ella la del pueblo francés, es envidiable, con ser poco halagüeña, como en efecto lo es. Sin ejércitos que oponer á los invasores, ocupada una gran extensión de su territorio, amenazadas sus plazas más importantes, arruinada su industria, perdido su comercio, ultrajada su honra, ofendida su dignidad, hállese hoy el pueblo francés en una situación difícilísima y peligrosa; pero en medio de esto hay algo de grande, hay algo de titánico que embellece la gloriosa lucha iniciada por el emperador, y cuyo término será una victoria obtenida después de mucho tiempo y á fuerza de constancia y de sangre, ó una derrota—más honrosa todavía que la victoria—acompañada—como es natural, y mal que pese á los partidarios de la gloria—de desastres, de desolación y de ruinas.

Compárese esta posición, difícil y todo, con la del emperador, que, después de haber buscado inútilmente una bala en el campo de batalla, se encuentra hoy en *Wilhemshöhe*, y se comprenderá cuán preferible es la de sus antiguos y amados súbditos.

La residencia del emperador vencido tiene, según dice *La Correspondencia*, inmensos jardines y poblados bosques, y se une á la ciudad de Cassel por una carretera *bordada de tilos*. De suerte que el golpe de vista es delicioso. Admíranse allí fuentes lindísimas y graciosas cascadas, y se destaca, en medio de aquellas preciosas obras artísticas, el palacio llamado de los Gigantes, sobre el cual descansa la estatua de cobre de Hércules Farnesio—de diez metros de altura—y des-

de cuyo interior puede contemplarse un grandioso panorama.

Allí permanecerá por ahora inactivo y triste el desdichado guerrero: cuán largas y cuán horribles pasarán las horas para él, mientras que sus vasallos en el fragor de la ruda pelea, entre las noticias contradictorias, viendo caer mortalmente herido al hermano y al padre, contemplando agostados los campos y deruidas las ciudades, no sentirán el paso veloz de ese viajero infatigable y tenaz que se llama *tiempo*.

Terminada la guerra, la suerte del desventurado emperador continuará siendo igualmente triste; el rey de Prusia le concederá la libertad, y entonces él se reunirá apresuradamente á su familia, y con los recursos propios, que haya podido proporcionarse, pasará el resto de sus días en un apacible y melancólico apartamiento de las cosas mundanas, en uno de esos huertos deliciosos que el aire orea cuando

«los árboles menean
 con un manso rüido
 que del oro y del *cetno* pone olvido.»

Tal es el porvenir doloroso, tales los indecibles sufrimientos que la Providencia en sus designios inexcrutables tenía reservado al grande hombre.

Compadezcámosle.

Yo, por mi parte, declaro que le compadezco, porque ciertamente hay para partir el corazón más endurecido con la contemplación de tan innecesaria desgracia: y como si no fuera bastante para su martirio esa necesidad de vivir tranquilo y reposado al lado de una familia cariñosa, hay que agregar á esto los disgustos que el pueblo francés está proporcionándole: esto sin contar con que hasta los italianos, que le habían ofrecido respetar el territorio pontificio, probablemente se encontrarán en Roma; y si bien el Papa y Napoleón no estaban últimamente en relaciones muy íntimas ni era su afecto muy cordial, al fin éste recordará que fué siempre sincero católico, y no podrá mirar con buenos ojos el horrible atentado del gobierno de Italia.

No debe extrañarse que, hastiado de su inmovilidad, molestado con sus heridas morales, acabe el emperador francés—á imitación de nuestro inolvidable Fernando VII—por felicitar al rey Guillermo de Prusia cuando alcance alguna victoria contra los franceses, porque es de advertir que la guerra continúa á pesar de las palabras cien veces repetidas del monarca prusiano.

Juraba él y perjuraba que solo provocado por el emperador había principiado la guerra, haciéndola, no al pueblo francés, sí que únicamente al emperador y al ejército. Cayó el emperador, se destruyó el ejército, *el pueblo francés* proclamó la república, y el rey Guillermo sigue en Francia, porque esa antigualla de cumplir los ofrecimientos no reza con los reyes, ni tiene gran cosa que ver con los emperadores. Los hombres de plebeyo origen, los descamisados, los socialistas y demás chusma liberalesca suelen dar todavía algún valor á la palabra empeñada, y hasta son capaces de cumplir su promesa á toda costa: los reyes proceden de distinto modo—en algo ha de echarse de ver su origen divino—y cumplen ó no cum-

plen sus ofertas, según conviene á los grandes intereses que les están confiados.

Sin embargo—quiero confesar esta debilidad mía—por muchos esfuerzos que hago para justificar esta conducta no logro convencerme á mí mismo: yo bien comprendo que cuando ellos lo hacen bien hecho estará: alcánzame perfectamente que un súbdito, un miserable pigmeo no debe nunca alzar su vista hasta el sólio régio de su amo: siento, no obstante, que allá en lo más profundo de mi conciencia está escarabajéandome una duda, y no es ella sola.

Porque en verdad, en verdad, van presentándose los sucesos extrañas, muy extrañas anomalías: en Francia los monarcas huyen, los emperadores se rinden, los palaciegos lloran y se atribulan, el pueblo recoge de entre el cieno la bandera francesa, y agrupado en rededor suyo, se apresta á sostenerla.

En España el partido *tradicional*, el defensor de los monarcas absolutos, el que cuenta con auxilios espirituales del clero católico y con la ayuda material de muchos presbíteros matones, *aún*, se alza en armas, perturba el país, altera el orden: el partido republicano, el que se compone de masas implias é *inconscientes* (¡oh!) preséntase comedido, digno, sensato, y lleva á cabo una manifestación pacífica con una tranquilidad que desesperaría á cualquiera. No puede negarse que está todo trastornado y confuso.

Estoy yo figurándome los apuros de un periodista monárquico—que pueden Vds. llamar como bien les parezca—Vargas, por ejemplo, y que se ve en la necesidad imprescindible de narrar lo acontecido el jueves.

«Triste cosa es, dirá para sus adentros, esta de que nada haya ocurrido propio del caso. Estos republicanos son hombrecillos de alcorza, que sirven para muy poco, dado que para algo sirvan, que lo dudo. Vaya en gracia, haber salido por ahí en tan gran número y no haber saqueado un par de establecimientos siquiera, como previamente habíamos anunciado, ¿qué digo saquear? ni se han pegado unos á otros, ni han devorado á los niños que transitaban por la calle, y ¿qué más? ni han gritado *muera Rivero*. Lo dicho, ya no hay sangre en las venas de los republicanos.»

Después de estas tristes reflexiones, es de suponer que el cronista monárquico enristre la péñola y diga á sus lectores, como si ellos no hubiesen visto la verdad:

«Seis ó siete docenas de perdidos, y gente ordinaria toda y de mal vivir, hicieron ayer una á modo de manifestación en pró de la república francesa. En sus feroces rostros y en sus ademanes sombríos pudieron conocerse sus intenciones hostiles: por fortuna, y contra lo que la parte sensata del vecindario temía, no ocurrió ninguna desgracia personal—que sepamos—exceptuando las consecuencias que puedan tener algunos sustos. Es cierto que nuestras celosas autoridades habían tomado perfectamente todas las precauciones necesarias, y á esto se debió sin duda que se limitasen á pasear aquellos feroces demagogos.»

Después de esto, el escritor *realista* se frotará las

manos con cierta fruición, encenderá un cigarro y gritará en voz baja: Ea, que venga á decir otra cosa mejor el mismísimo ministro de Estado.

A. Sanchez Perez.

¡LA REPÚBLICA!

Consolatrix afflictorum, refugium peccatorum... Ora pro nobis.

Sí, bien os oigo desgañitaros invocando á la república con voces lastimeras ¡oh panzudos *bourgeois* de París! como os oí celebrar con estrepitosos bramidos los destierros y ametrallamientos de los republicanos.

Sí, siete millones de votantes de ayer, sí: os oigo, os veo suplicar á la república que haga un milagro de heroísmo por salvar vuestra sacrosanta casita de campo, vuestras venerandas talegas, vuestras piadosísimas inscripciones en el gran libro.

A la república pedisteis que os librara de clérigos y nobles, y la entregásteis despues á un soldado ambicioso; á la república pedisteis que os lavara de la corrupción orleanista, y la entregásteis despues á un monstruo charlatan que hacia juegos de manos con cabezas republicanas...

Ahora, cocodrilos, volveréis á victorear la república... ¿á quién tenéis pensado venderse esta vez?

¡Ah! Habéis pasado un siglo entero espantando á vuestros chiquillos con el recuerdo de los catorce meses de terror republicano; los habéis criado timoratos, quietecitos, sensibles á los contratiempos de los reyes é ignorantes de las no interrumpidas calamidades de los pueblos; en presencia de vuestros tiernos vástagos os doblegábais ante aquellos señores, aquellos prelados, asesinos de vuestros padres, sin recelo de que vuestros hijos habían de hacer lo mismo con vuestros tiranos.

Salpicados todavía de la sangre del 2 de diciembre; cubiertos del oprobio que os llevó recientemente á votar sí; lamentando, no la suerte de la patria, sino la rota de vuestro encubridor, os acercáis hoy al altar de la república, del mismo modo que vais á misa aun no descansados de la orgía.

El pobre pueblo, esa muchedumbre que en sus asonadas escribe en vuestra esquina: «pena de muerte al ladrón», y sin embargo, defiende las casas de los que le roban la libertad, el derecho, la instrucción, la honra; esa muchedumbre que muere rechazando al extranjero invasor del suelo de la patria, y gime bajo el látigo de aquellos compatriotas suyos que le pisotean el cerebro y la conciencia; esa muchedumbre, digo, da vivas á la república redentora porque cree en ella; porque en su entusiasmo espera de ella paz y justicia y regeneración completa de la patria; porque en su ciega fé confía en que la república os ha de hacer humanos, patriotas, ciudadanos probos; pero vosotros, vendedores dentro y fuera del templo; vosotros, que por espacio de diez y ocho años habéis adorado la traición triunfante; vosotros, que aceptábais condecoraciones de aquella mano alevosa, ¿qué queréis robarle á la república ahora que pedís que se os acerque?

Porque ya lo sabemos, no fué la plebe, sino vosotros, quien se aprovechó del fraude de los bonos mejicanos; no fué la plebe, sino vosotros, quien devoraba enormes caudales suponiéndoles empleados en pagar hombres y material para la defensa de la patria; por vosotros ahogó Francia en Roma esa república que ahora pedís con lágrimas de miedo; por vosotros fué á morir á Méjico el extranjero enviado á matar aquella república; por vosotros se perpetuó el odio inhumano del pobre inducto francés contra todo el resto de Europa; para que os sostenga á vosotros se le ha hecho creer que es invencible, que no necesitaba ser morigerado... por vosotros ha llegado la podredumbre á embargar la respiración de ese pueblo, cuyo aliento lanzará de Francia á todos los tiranos del continente contra él coligados.

¡Ah! Dos años de una república sóbria y honrada os parecieron una eternidad de escandalosos pecados, y diez y ocho años de fraude y crueldades, de crímenes sin fin, engendrados por el crimen del 2 de diciembre, aun ayer os parecían apacibles, y amenas horas de descanso y esperanza.

¡Oh gente ingrata, qué bien representados estais por el que ha sido vuestro amo!

¡Siete millones de votos al que ha entregado su acero sin mancha al provocado invasor de la patria!

¡Siete millones de votos al que ni siquiera ha dado á Francia el carcomido resto de su inoble existencia!

Ayer, ayer mismo aun érais imperialistas, aun érais papistas; hoy, cuando no podeis ocultar que habeis esquilado, extenuado á Francia, os venís á pedir milagros á la república, á fin de que cree entusiasmo, tesoro, virtudes cívicas; todo aquello que explotais, ridiculizais y calumnias desde el momento en que para vosotros ha pasado el peligro.

Ahora, ahora estimulais el valor cívico de la muchedumbre; mañana direis á vuestros hijos que huyan de las luchas políticas; que el patriotismo y el amor á la libertad son vocinglerías demagógicas; ahora rezais letanías á la república; el día que la república os haya salvado, volveréis á invocar el nombre de cualquiera de esos príncipes que huyen y se mueren, no de vergüenza, sino de despecho; no de remordimientos, sino de la mal satisfecha codicia.

¡Oh, si la república no fuese inmortal, cuán desastrosamente habría perecido á vuestras manos! A manos de los que hoy la invocais de reata, clamando: *Consolatrix afflictorum, refugium peccatorum. Ora pro nobis.*

Roberto Robert.

DIÁLOGO.

—¿De qué dirá Vd. que me río?
—¿Del Papa?
—Hombre, no; del Papa ya me he reído antes. Vamos á ver si acierta Vd.
—¿Del príncipe imperial?
—Tampoco: de ese se ha reído su padre.
—¿De la emperatriz?
—Menos, hombre; quien se ha reído de ella es doña Isabel viéndola pasar de protectora á perseguida.
—¿Pues de quién se ríe Vd.? ¡Ah! ya sé: de los carlistas.
—¡Quiere Vd. callar! De los carlistas quien se ríe es D. Carlos.
—Pues no acierto.
—Míreme Vd. bien.
—Ya le miro.
—¿Y no acierta Vd. de quién me río?
—¡Dale! Ya he dicho que no.
—Pues me río de Vd.
—¡Ah necio de mí!
—Por eso, precisamente por eso, porque es Vd. un necio de sí mismo.
—No lo entiendo.
—Prueba en mi favor: Vd. lleva treinta años de necio, y hasta que yo se lo he hecho adivinar no lo ha conocido.
—¿Pero qué diablos he hecho yo?
—¿Vd.? No ha hecho diablos; ha hecho necedades.
—¿Pero qué he hecho yo, vamos á ver?
—Su última necedad es no saber lo que ha hecho. Venga Vd. acá: ¿no votó Vd. el art. 33?
—Sí señor, con mucho orgullo.
—Ya lo ví. Ahora respóndame Vd. al oído; que no lo oiga nadie: ¿tenía Vd. entonces candidato para el trono?...
—Hombre... lo que es yo...
—¿Sí ó nó? Francamente y bajito; no nos oirá nadie. ¿Sí ó nó?
—Si he de decir la verdad...
—¡Pues es claro! ¿No le llamo yo á Vd. necio? Pues soy digno de que con veracidad igual responda usted á mi pregunta. ¿Tenía Vd. candidato? ¿Sí ó nó?
—Hombre...
—¡Dale! ¿Sí ó nó?
—Lo que es yo, personalmente... lo que se llama tener un candidato mio... exclusivamente mio... por mi cuenta sola... la verdad...
—¡Arre!
—No lo tenía.
—¡Ajá! Y el partido de Vd., ¿tenía candidato?
—El partido... el partido... Si vamos á disputar sobre á quién debemos considerar como partido...
—Más claro. Su fracción política en la Cámara, ¿tenía candidato?
—Ps... decían que había uno...
—¿Que había uno?
—O dos ó tres ó cuatro, ¡qué sé yo!

—¿Quién lo decía?
—Lo decían por ahí.
—¡Y Vd. votó la monarquía porque por ahí dijeron que había varios candidatos! Bien. ¿Y quién los tenía?
—Decían que D. Juan.
—Ya. Y Vd... ¿lo creyó?
—Toma. ¡Decían que D. Juan tenía muchos!
—¿Había Vd. pensado en Montpensier?
—¡Antes la muerte!!!... Es decir... antes lo hubiera reflexionado.
—¡Infeliz! Oiga Vd. ¿Y si D. Juan hubiese propuesto á Montpensier?
—¡Es incapaz!
—Pero supongamos. Si D. Juan hubiese dicho aquello de la salvación de la patria, y el interés público, y... en fin, esas cosas... ¿hubiera Vd. votado á Montpensier?
—Si D. Juan lo hubiese dicho serio...
—Si D. Juan lo dice todo serio. ¿No vió Vd. con qué formalidad dijo que no habría más quintas?
—Pues francamente: si D. Juan lo dice seriamente, voto á Montpensier.
—Vd. no miente. Y ahora, ¿tiene Vd. candidato?
—La verdad, no.
—¿Y sus compañeros de Congreso?
—Tampoco.
—¿Y D. Juan?
—Creo que no.
—¿Y sostiene Vd. el art. 33?
—Hasta la muerte.
—¡Sin candidato!
—Ya vendrá...
—¡Oh reinfeliz! Y vamos á ver: ¿no está Vd. dispuesto á renunciar á la monarquía, si sobrevinieran circunstancias?...
—Nunca, no siga Vd. ¡Renunciar á la monarquía!.. Jamás.
—¿Y si le demostrara yo á Vd. que la monarquía es imposible?
—¡Tampoco, antes morir!
—¿Y si se lo indicara á Vd. D. Juan?
—¡Aaaaaaaah!...
—¿Qué?
—Si D. Juan lo indicara...
—Las ideas, los sentimientos de Vd. se transformarían...
—No; pero...
—Pero votaría Vd. la república.
—Hombre... en todo caso la unitaria; porque mire Vd., yo...
—Pero votaría Vd. la república solo porque don Juan...
—Sí señor, con mucho orgullo.
—¡Ah! ¿Comprende Vd. ahora por qué me reía de usted?
—No señor.
—¡Todavía no!

¿QUIÉN ES EL GUAPO?

Ea, ya no hay en Francia aquel soberano inteligente, bien quisto y poderoso que se oponía á ciertas soluciones convenientes á la política española.

Vamos á ver, caballeros: llegó el momento: ya no es Luis Bonaparte quien impide que nombren Vds. rey á Montpensier; puede ese señor venir cuando guste.

Ya no es Luis Bonaparte quien se opone á que nos declaremos alegremente súbditos de Hohenzollern. ¿Qué hacen Vds. que no le llaman en seguida?

La ocasión no puede ser más propicia; el sentimiento monárquico debe de haberse robustecido en medio de la trifulca de que somos testigos, de manera que á estas horas está España diciendo comedme. Francia y Prusia son vivo y tentador ejemplo para los pueblos que, como las ranas de la fábula, piden rey.

La nación francesa puede alabarse de que merced al imperio se ha anexionado á Niza y Saboya.

La nación prusiana puede jactarse de dominar por ahora en ocho departamentos franceses.

Una y otra llevan realizados en esta lucha prodigios de heroísmo; el sentimiento, ó mejor dicho, la virtud de la liberalidad se ha excitado en ambos países hasta el punto de gastar diariamente más de diez



— Señor, aquí traemos á V. M. este pajarraco, que se nos ha entrado de rondon en el campamento.

millones de francos cada una, cosa que fuera del régimen monárquico no les habria parecido posible.

Paris, que no se atreva á gastar más que un céntimo diario por cada menesteroso apurado, gasta hoy en pólvora, fortificaciones y hospitales lo que jamás habria aplicado á la instruccion pública... ¡Oh virtudes, de qué ignorados manantiales venís á fertilizar la tierra!

Cierto que Francia en estos momentos supremos no pide su salvacion á un Chambord, ni á un Orleans, ni á otro Bonaparte; pero es indudable que en cuanto llegue á tener una situacion un poco desahogada, echará mano de cualquiera de esos príncipes que cuando no hay peligro adornan un palco y todo un palacio, y además asumen valerosamente la responsabilidad de todos los fusilamientos y ahorcamientos que para dormir tranquilos necesitan los hombres de orden.

Pues si Francia lo ha de hacer en su dia, hagámoslo nosotros desde luego, que la ocasion es pintiparada.

No sabemos lo que el cielo en sus inexcrutables designios nos tiene deparado; pero sabemos positivamente que España es monárquica de corazon, como Francia era imperialista poco antes de empezar la guerra.

Supongamos que nombrásemos... no: supongamos que los monárquicos nombrasen un rey que hubiese de traspasar sus derechos á un invasor, como hizo Fernando VII; ó que hubiese de huir como el padre del duque de Montpensier, ó que en un dia de revolucion hubiese de dejar á su jóven esposa abandonada, ó que en una guerra hubiese de ir en carretela á entregar su espada al enemigo. Aun cuando una de esas calamidades, todas sucedidas ya, hubiese de caer sobre nosotros, á lo ménos es de esperar que no caería sino despues que ese rey hubiese pasado muchos años sosteniendo el orden y libertándonos de otras desdichas mayores.

Esto es de tal evidencia, que no sé cómo ya á estas horas no ha venido un guapo á ponernos debajo del amparo del sólo régio.

Los republicanos estamos desunidos, somos pocos, carecemos de capacidades y predicamos utopias, por más que se use con nosotros la galantería de decirnos que si hiciéramos una Constitucion política no podríamos introducir en ella más libertades que las contenidas en la Constitucion hecha por los monárquicos.

Los que piden rey son fuertes, marchan unidos, sin más diferencias que las indispensables para que la unidad contenga la variedad que encierra todo lo creado; el capital es monárquico, la inteligencia, la tradicion, el comercio, la agricultura, el clero, todo, absolutamente todo en España es monárquico; ¿y no ha de levantarse un grupo denodado y patriótico, previsor y hábil, que nos encaje su monarca, y á él la corona y á la corona las consabidas preeminencias, rentas y dias de gala?

¿Por qué no se presenta ese guapo?

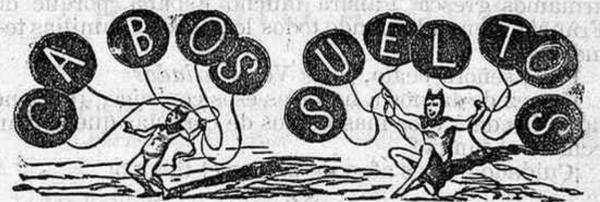
¿Qué es eso, hay brutos que por seis reales diarios se hacen fusilar por Carlos Borbon, y no habria una docena de hombres listos que por un puesto en el Consejo de Estado, ó por una embajada, ó por una cartera se decidan á echar pelillos á la mar y devolver á la sociedad su asiento?

Ea, buen ánimo, aquí no es de temer ningun Juarez, ni se mata emperador todos los años; ¿qué se tarda, pues, en decir viva Fulano?

Europa rebosa de príncipes por estrenar; las clases conservadoras, idénticas en todos los tiempos y lugares, necesitan y piden rey; ¿cómo no hay un guapo que intente el negocio?

Ea, échese á volar un retrato cualquiera, publíquese una biografia rimbombante, sedúzcase á un par de regimientos y en un periquete quedamos constituidos. ¿Sale ó no sale el guapo? Vamos á ver.

Roberto Robert.



Ha muerto el imperio francés, imperio de un católico sincero, á manos de un rey protestante.

Han muerto y siguen muriéndose varios obispos católicos.

Ha muerto la intentona católico-carlista de este año. Ha muerto *El Legitimista Español*, diario católico.

¡Y yo sin novedad!... ¡¡¡Esto es horrible!!!



Despachos telegráficos oficiales de Paris, Leon, Marsella, Burdeos, etc., etc.

«Se ha proclamado la república y reina el orden más completo.»

«Se ha proclamado la república y el orden se mantiene inalterable.»

«Se ha proclamado la república sin ningun desorden.»

«Se ha proclamado la república con un orden admirable.»

«Se ha proclamado la república y el orden no se ha alterado.»

¡Ay de nosotros! ¡El orden se ha hecho cómplice de la república!

¡El orden se ha vendido al sanculotismo!

La sociedad está perdida.



La Epoca llama ya democrática y social á la república francesa.

Me parece que *La Epoca* llamaba virtuosa y magnánima á Isabel II.



Las partidas carlistas van desapareciendo.
Y la fiebre amarilla.



¿No han observado Vds. la evolucion de algunos de nuestros granujas cuando se les reprende?

Bajan humildemente los ojos; retroceden con lentitud; aligeran despues el paso, y cuando se hallan á distancia considerable, hacen muecas y dirigen pullas á la persona de quien huyeron.

Pues bien, díganme Vds., en conciencia, si no hay algun parecido á esto en la pueril baladronada de Cruz Ochoa.

Primeramente se puso en salvo: esto ante todo.

Una vez en seguridad, dirige á las Cortes un oficio declarando que tiene compromisos en el movimiento carlista.

¡Qué airoso figura la de ese representante del pueblo!

A ver, ¡que baile!



En un diario de noticias leo que unos viajeros fueron sorprendidos por ladrones desde Masneu á Barcelona, y además que los viajeros se defendieron con revólvers, pues iban ya preparados.

No lo entiendo.

Si hubo sorpresa, no podia haber preparacion.

Si habia preparacion, no hubo sorpresa.

De todos modos, si los viajeros iban preparados, más cuerdo hubiera sido no hacer el viaje, ó hacerlo con la Guardia civil.

¿No digo bien?



Es fama que cuando el Sumo Pontífice tuvo noticias del ejército italiano, exclamó:

—Ya estamos... perdidos.

Dada la infalibilidad, la pérdida del Papa es ya segura.

Digo, ó creemos ó no creemos en la infalibilidad.



Los ministeriales y orleanistas encargados de dar noticias de la manifestacion del juéves han merecido bien del país.

Picarillos, y cómo y qué bien han obedecido á la consigna.

Elios, eso sí, habrán necesitado un poco de... vamos, de... despreocupacion; pero al cabo quien manda, manda.

¡Oh invencible tiranía del garbanzo!



El otro dia se nos descuelga *La Regeneracion* dando consejos á los republicanos.

¡Y qué oportunos, válgame cualquier santo de esos que hacen milagros!

Nos aconseja que si tenemos calma y juicio, si no armamos gresca, ganará mucho España, porque de Francia vienen huyendo todos los dias las familias temerosas.

Pero, señora beata, ¿está Vd. guillada?

En vez de darnos á nosotros esos consejos, ¿por qué no se los da á esos mastuerzos de carlistas que se han echado al campo?

¡Cuidado que es afan de perder el tiempo!



En Bermeo, en Zarauz y en otros puntos se habian colocado unos frailes *so color* de educar misioneros para las Antillas.

Con efecto, en diez y seis años no han tenido tiempo de educar un solo jóven para las misiones.

Pero en cambio los educan para carlistas.

Con tan plausible motivo, y viendo el señor ministro de Ultramar lo bien que cumplen su mision, ha extinguido las referidas comunidades.

Hay que advertir además que estos frailes se habian establecido ilegalmente.

Se habian apoderado ilegalmente de edificios que no les pertenecian y que antes estaban destinados á escuelas y beneficencia.

Y los pueblos llevaban á mal que ahora estuviesen ocupados por estos gandules.

Figúrese Vd.

De modo que el ministro de Ultramar les ha hecho un favor al propio tiempo que ha cerrado esos nidos de gorriones.



El diputado Cruz Ochoa dice que no puede asistir á las sesiones porque está ocupado en mandar la sublevacion carlista.

El mejor dia va á haber diputado que conteste al presidente:

—Me es imposible ir á Madrid por ahora, porque estoy ocupado en hacer moneda falsa.



Precisamente nunca mejor que ahora cree *Las Novedades* que es la ocasion de elegir rey.

¡Crear es!



Hé aquí un telégrama que está llamando la atencion de la prensa:

«El ejército prusiano viene sobre Paris.

Lo que con *satisfaccion* pongo en conocimiento del público.

Castellon 6 de setiembre de 1870.—Eloy S. Vizcaino.»

¡Este Sr. Vizcaino es una fiera!

¿Con *satisfaccion* ve que van á perecer tantos hombres en Paris?

¡Sr. Vizcaino, por Dios, esos deseos se ocultan siempre!



¡Los palacios imperiales de Francia se han convertido en hospitales de sangre!

Despues, con la sangre se volverán á hacer palacios imperiales.



El conde de Palikao dijo que los prusianos antes de ocho dias se iban á encontrar con lo que menos esperaban.

En efecto: se encontraron á deshora con Napoleon.



Los generales prusianos que acompañaban al rey Guillerino durmieron en establos la noche del 18 del mes pasado.

La atmósfera del establo es más sana que la de la corte napoleónica.



Despacho oficial de Paris del 31 de agosto:

«Parece que el enemigo no avanza.

»El general Mac-Mahon no ha tenido encuentro serio.

»Chalons parece evacuado.

»Es probable que los trenes puedan llegar pronto á Chalons.»



El conde de Chambord dice en una carta que «admira más que nadie los prodigios de valor del ejército francés.»

¡Ah, señor conde, y no más! ¿Os admirais de que el soldado francés sea tan heróico?

Esta es la prueba de que sois indigno de reinar en Francia.

Nosotros, los republicanos, ya sabemos que, aun rebajado el carácter francés por vos y vuestros semejantes, no dejaría de ser heróico en la guerra, y no nos hemos engañado.

¡Y á vos os causa admiracion extraordinaria su heroísmo! A nosotros nos causa lástima, dolor, ira y vergüenza que tan belicosa gente se entregue siempre á Borbones, á Bonapartes.



«Todo va bien; todo va mejor;» escribia el general Bazaine á su esposa.

¡Pobres mujeres! ¡cómo las engañamos!

Y las noticias de Bazaine á su mujer se comunicaban al pueblo.

Pobre pueblo, ¡cómo lo etcétera... mos!



D. Francisco de Asís de Borbon entregó á Luis Bonaparte la espada de Francisco I.

Bonaparte ha entregado su espada nuevecita al rey de Prusia.

De modo que el mismo caso hizo el Borbon de la espada del rey de Francia que hará Guillermo de la espada del emperador.



Si cuando el golpe de Estado se hubiera deshecho Francia del perjurio y de todos sus cómplices, se habria ahorrado diez y ocho años de crimen triunfante, de corrupcion enervadora, de fraudes premiados y de baja servidumbre.

Aviso á los que todavía puedan aprovecharlo.



Se susurra que aun arde la lámpara regalada por la ex-emperatriz Eugenia á la distraida Virgen de las Victorias. No es extraño.

Arde Francia entera...



El imperio de Napoleon III se inauguró con horrendas matanzas, con millares de destierros y deportaciones.

¡La república se inaugura con una amnistia general para todos los delitos políticos!

A ver, Sr. Sagasta, invente Vd. un chiste contra la república.

Se le dan á Vd. cinco años de plazo.



Unos facciosos de Búrgos se han reunido en la Cartuja.

Unos cartujos se han unido á las facciones.

¡Oh ley de la armonía!



La Esperanza, que en cierta época confesó haber defendido once años de mala gana á Luis Bonaparte, se arroja sobre él ahora que le ve caído.

¡Valiente matamuertos!

¡Además, *La Esperanza* llama liberal á *La Epoca*..

¡Silencio, por Dios, silencio y escuchémosles!



Muy derretido anda todavía *El Imparcial* con los prusianos. Sin duda huele algo.

Ayer nos dice que cada triunfo de las armas alemanas es una victoria para la democracia europea.

¡Escamati, compañero!



Hubo en pró de la república

manifestacion ayer;

reinó en ella el mayor órden;

(se lo digo á Montpensier).



Manterola, segun el *Aurrerá*, sigue en San Juan de Luz, paseándose con su señora.

Ya presumia yo que la administracion de la Santa Bula daba para estos pingos.



Durante muchos años se ha venerado en cierto pueblo de Aragon una estatua del emperador Neron, en la creencia que representaba al apóstol San Pablo.

Pues señor, pregunto yo: ¿qué habrá hecho el truhan y descastado Neron con la interminable cosecha de *pater-nosters* de que le habrán encargado con direccion al cielo?

No es esto; el que se ha portado mal ha sido el verdadero San Pablo, que en tantos años no ha dicho «esta boca es mia.»

La verdad es que otro en su lugar no hubiera jugado tan mala pasada á dos ó tres generaciones de fieles.

A buen seguro que si hubiera sido una Virgen y hubiera obrado algun milagrillo para evitar esa usurpacion de estado civil.

Pero ya se vé una Virgen no es lo mismo que un apóstol.

Solo un apóstol habria sido capaz de tolerar tal abuso.

Quite Vd. allá, hombre, quite Vd. allá, si da grima eso.



Los diarios monárquicos estiman que á la manifestacion del juéves iban unas cinco mil personas.

Añadan Vds. ahora lo que sea razon.



Las Novedades aseguraba el juéves que la manifestacion republicana seria ridicula.

El viérnes solamente dijo que no habia tenido importancia.

Del mal el menos.

Algo hemos ascendido.



Un diario montpensierista dice que el gobierno ha de tomar necesariamente uno de estos caminos:

1.º O presentar un candidato extranjero. (*Presentarlo es fácil.*)

2.º O admitir uno de los nacionales. (*¿Dónde están esos candidatos nacionales?* Advierta el diario que no compete al gobierno admitir ó no admitir candidatos.)

3.º O consultar al país. (*Eso es otra cosa.*)

4.º O dejar el puesto. (*¿A los unionistas?*)

Queda aun el camino de estarse quieto.

Y el consabido de dar atribuciones al regente.

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FÁBRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fábrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.